

## TRANSITO DE CERVANTES Y ESPIRITU DEL QUIJOTE

Don Miguel de Cervantes escribió lo que sigue en el último capítulo de su libro inmortal: "Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia con Homero".

Y el pasaje del genio alcalaíno resultó profético aunque para sí mismo: ya que como las siete ciudades clásicas que disputaron el privilegio de ser la cuna de Homero, también siete ciudades de la España soñadora y heroica porfiaron por el honor de ser asiento del solar cervantino.

Esquivias, en la provincia de Toledo, fué la primera en afirmar su privilegio basada en el solo hecho de que Don Miguel la llamase en más de un pasaje suyo "famoso lugar", con olvido para quienes enarbolan la frase, que "lugar famoso" fué para Cervantes aquel villorrio donde Catalina de Palacios vistió para él azahares de desposada, donde tuvo el azaroso andariego tregua y pausa de paz, ya que no de dicha: porque difícil fuérale hallarla en su casamiento sin amor.

Sevilla, en la dorada Andalucía, requirió para sí el honor disputado, en base a la fácil pero floja razón de que los dos apellidos del Príncipe de los Ingenios abundan en aquella ciudad más que en ningún otro lugar de las Españas.

Allá en la región cordobesa, paradójicamente católica y morisca, terció en la contienda la hermosa Lucena, el antiguo feudo

de los poderosos duques de Medinaceli, sin poder aportar otro argumento que una acendrada tradición lugareña.

Y, clavado en el centro de España como arrogante corazón peninsular, Madrid reclama para sí el orgullo cimentando su pretensión en que el mismo Cervantes, en versos de su Viaje del Parnaso, llama a Madrid su patria, y Lope de Vega en dos silvas, de su Laurel de Apolo creyó también que era Madrid el solar cervantino.

En el partido de Madrideojos, Consuegra, la resplandeciente de mármoles azules, pide para sí el privilegio; e igualmente la Imperial Toledo hazañosa, la embellecida por Berruguete y por el Greco. Sin que ni la pequeña villa ni la ciudad histórica pudieran presentar a su favor pruebas valederas.

Alcázar de San Juan, en la Mancha, fué la que adujo mejor argumento: ya que en los asientos bautismales de la Iglesia de Santa María la Mayor se encontró la partida donde consta que el licenciado Alonso Pajares puso el óleo a Miguel, hijo de Blas Cervantes y Catalina López. Y al margen del asiento parroquial con distinta letra se leen estas palabras: Este fué el autor de la historia de D. Quijote”.

Pero ninguna de las siete ciudades de la disputa era en verdad el solar de Cervantes. Pues en las pardas llanuras de Castilla la Nueva, Alcalá de Henares, una ciudad en la ruta del Cid, afirmará sin discusión el privilegio. En la parroquia de Santa María en la citada Alcalá se encuentra la verdadera partida bautismal de Cervantes, donde consta que el domingo 9 de octubre del año del Señor de 1547 el bachiller Serrano bautizó a Miguel hijo de Rodrigo Cervantes y de su mujer doña Leonor Cortinas.

Los datos de la partida se confirman con probanzas que el mismo don Miguel aporta. En efecto, Cervantes en una petición al Rey don Felipe, fechada en Madrid en 18 de diciembre de 1580, encabeza la súplica con estas palabras: “Yo, Miguel de Cervantes natural de Alcalá de Henares”. Y aún más, en el libro de Redenciones de Cautivos de Argel, se lee: “el cautivo Miguel de Cervantes, hijo de Rodrigo de Cervantes y de Leonor Cor-

tinias''; y en otro infolio de redenciones conocido por lo común como el Expediente de Sevilla, se hace también referencia al cautivo Miguel de Cervantes natural de Alcalá en la provincia de Castilla''.

Pero si aclarado está el lugar de origen del Príncipe de las Letras Españolas, no puede afirmarse lo mismo con respecto al día preciso de su nacimiento, ya que lo único conocido con certeza es el 9 de octubre, fecha del bautismo. Hay quienes sostienen que Cervantes debió nacer en los primeros días de ese mes ya que era habitual bautizar a los niños dentro del tercer día de su nacimiento, y culpa venial hacerlo dilatándolo más allá de los ocho. Otros afirman que fué la fecha del nacimiento el 29 de setiembre, día de San Miguel, porque era arraigada costumbre en España dar al recién nacido el nombre del santo del día y máxime en este caso en que estudiados los ascendientes de Cervantes en más de un siglo, ninguno se llama como él. Creamos pues porque hay razón para ello, y hasta es hermoso y simbólico creerlo, que fué un 29 de setiembre, día de San Miguel Arcángel, cuando vió la luz el hijo de don Rodrigo de Cervantes. Fué en el día del Arcángel belicoso, del Quijote celeste que abrazó escudo y espada flamígera para despeñar al Malo desde los cielos, como por mandato y genio de Miguel de Cervantes un hidalgo de la Mancha magro en carnes y en dineros, embrazaría su lanza y su rodela para limpiar la tierra de maldad e injusticia hecho terreno Arcángel de la Caballería.

Cirujano era el padre, don Rodrigo; abogado, el abuelo: don Juan. Distintos en lo físico eran todavía más desemejantes en el ánimo. Rodrigo de Cervantes, cirujano y sangrador no esgrimía lanza arrogante sino lanceta humilde y, como abrumado por su oscuro menester, iba por el mundo con trazas de vencido. El abuelo, en cambio, hizo de su pluma leguleya ardiente espada de pelea. Juez en un tiempo y en otra época gobernador de las tierras andaluzas del conde de Ureña, era militante y apasionado, activo y combatiente, incapaz de transigir con la injusticia, hecho de una pieza, sin intersticio ni doblez: bien pudo, estar en su sangre don Quijote.

La infancia del niño transcurrió sin pena y sin holgura en el hogar alcalaíno. En su ciudad natal estudió las primeras letras y luego latinidad y humanidades. Más tarde en Sevilla ingresó con aprovechamiento en el colegio de los padres jesuitas y allí en la tierra apasionada donde el clavel gallardea su donaire sobre la endrina de las trenzas, vió a Lope de Rueda representar sus famosos "Pasos" como un nuevo Tespis que recorriera con sus carátulas burlescas las pardas tierras castellanas y los soleados caminos andaluces. Y el adolescente del internado ignaciano siente que él también puede crear muñecos de carne y sangre que digan en versos su amor y su esperanza y dibujen un fiel esquicio de la vida en el tinglado trashumante hasta donde llegan, en cuño redondo, el metal dadivoso y en admirada aprobación el golpear de las palmas... Y aquello era quizá la verdad del triunfo para el muchacho emocionado: las talegas bien ganadas en justas de talento y la fama lograda por merced del alto verso, que la gloria del poeta fué el tenaz y nunca bien logrado sueño de Cervantes.

Ya en el Madrid de don Felipe II se ahinca en el estudio de los grandes modelos literarios. Hacía versos desde la pubertad como lo confiesa en dos de su Viaje del Parnaso:

"Desde mis años tiernos amé el arte  
Dulce de la agradable poesía...

Pero será en 1569 cuando publique los primeros, por iniciativa de su maestro Juan López de Hoyos aquel que le llamaba: "Mi amado discípulo".

Veintidós años tiene D. Miguel de Cervantes cuando ve pasar como en una fiesta para los ojos a la muy hermosa reina de las Españas, a la flor de Francia como él la llamaría. Graciosa es y bella esta princesa joven que cruzó el Pirineo para sellar con sus reales desposorios la paz, y unir su fresca belleza a aquel D. Felipe que ya no es como en el lienzo del Tiziano, s.no taciturno y triste, como forjado todo en frío metal. Tan distintos son los reales consortes que la mala imaginación de las gentes crea

fantásticos amores entre la joven reina y su hijastro el Príncipe don Carlos que fuera su primer prometido hasta que el mismo rey la eligió para sí... tan distintos son los reales consortes que D. Miguel de Cervantes, inclinado en cortesana reverencia al paso de la carroza, se va todo hecho mirada tras la joven belleza de su reina. Isabel de Valois, garrida y hermosa como la pintó Pantoja de la Cruz, quizá fué ella quien hizo comprender al mocetón alcalaíno como el gran amor que no se nombra, aquel gran amor de los paladines de la Caballería, amor de Lanzarotes y Galaores por legendarias reinas de países de fábula, puede hacer sangrar, hecho verso o atormentado silencio al corazón humano. Isabel de Valois tu mismo nombre ha de llevar la hija que más tarde el amor, aquel que no pudo hallar en su contrato de esponsales, dé a Cervantes... Isabel de Valois, joven y bella reina de las Españas, cuando entraste en tu noche sin albas las prensas matritenses imprimieron los primeros versos que publicó Cervantes, aquella dolida elegía que dice:

“Aquí el valor de la española tierra,  
Aquí, la flor de la francesa gente;  
Aquí, quien enmendó lo diferente  
de olivo coronando aquella guerra.  
Aquí en pequeño espacio veis se encierra  
nuestro claro lucero de Occidente;  
Aquí yace enterrada la excelente  
Causa que nuestro bien todo destierra.  
Mirad quién es el mundo y su pujanza  
Y como de la más alegre vida  
La muerte lleva siempre la victoria,  
También mirad la bienaventuranza  
Que goza nuestra reina esclarecida  
En el eterno reino de la Gloria”.

Ese mismo año en que se publica su primer poema, va Cervantes, como paje del cardenal Julio Acquaviva, a la Roma del Renacimiento. Su sangre ardorosa y su afán de altas empresas

no podían acompañarse con aquel tranquilo menester de paz servil y lo abandona muy pronto para ingresar en el Tercio de D. Miguel de Moncada, sirviendo como soldado de infantería en la compañía de Diego de Urbina.

Aquella Italia del renacimiento, cuyo clima espiritual describiera con inigualado acierto Jacobo Buckhart, fué un panorama magnífico para el soldado poeta sediento de belleza. Cierto es que ya no estaban los papas Mecenas en la silla del Pescador, y que el viento de la contrarreforma sacudía las bases paganizantes tan gratas a los artistas del "Quattrocento". Pero estaban, en presencia ejemplar, las grandes obras de los artistas insuperados: mármoles de della Robia, Verrocchio y Donatello; pinturas de Miguel Angel, Rafael y Leonardo; y aquella maravillosa métrica italiana llevada a España por Boscán y ciudadanizada en española belleza por arte de Garcilaso; aquel fluir cadencioso y sonoro del endecasílabo que llenaba a Cervantes de fiel admiración.

Roma, Ancona, Ferrara, Venecia, Sicilia, Milán, Florencia, Nápoles, Parma, Plasencia y Loreto, fueron las etapas documentadas de su andanza italiana, antes y después de Lepanto: como soldado de Moncada o de Lope de Figueroa.

Navarro y Ledesma, preclaro cervantista, refiriendo a este andar del autor del Quijote por tierras del Renacimiento ha escrito: "Este ideal de Miguel le hacía penetrar cada vez más en el encantador jardín de la poesía italiana que ya huerto propio le parecía; aquí y allá topaba con sus fieles amigos los gigantes y los caballeros de ventura hablando en bellos endecasílabos toscanos".

Y es ello verdad porque en el ocio de la vida de guarnición, aquel lector infatigable que según propia confesión leía hasta los papeles rotos de la calle, devoraba las obras más en boga, en las que la epopeya heroica y la epopeya burlesca se entremezclaban, como más tarde se fundirían en la inimitable grandeza del Quijote.

Descansados yelmo y arcabuz, lee el soldado español fábulas floridas y pasan en desfile maravilloso los altos paladines de la Quimera: El Caballero Morgante de Pulci, el Orlando Ena-

morado de Boiardo, el Amadís de Gaula de Bernardo Tasso, el Amadís famoso que se salvaría del severo escrutinio que el cura y el barbero hicieron de los libros del caballero de la Mancha . . . Y otros nuevos y antiguos del romancero y de la novela caballescra: Lanzarotes y Orlandos, Esplandines y Reinaldos llenan la imaginación ardiente del soldado de España y encienden en su alma ese ardor de virtuosa heroicidad que es la mística del Caballero.

Y un día, así templado el ánimo para la grandeza, Quijote él mismo como todo español verdadero, se encuentra Cervantes en camino hacia lo que llamó "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros". Es que del puerto de Messina, en aquel otoño de 1571, parten los 300 navíos y los casi 80.000 soldados que la Liga Cristiana ha puesto al mando de D. Juan de Austria, el hermano bastardo de Felipe II, para humillar el poder de Solimán y barrer de naves herejes los mares de la Cristiandad.

El 7 de octubre de aquel año, chocaron en la rada de Lepanto las escuadras católica y musulmana. Cervantes está a bordo de la galera "Marquesa". Afiebrado y consumido por las cuartanas, no quiere permanecer bajo cubierta y, como lo afirmaron testigos presenciales, contestará al capitán, que le hace notar su estado de enfermedad, que más prefiere morir peleando por su Dios y por su rey que no salud y pide que se "le de el lugar de más peligro, que allí estaría y moriría peleando". Orgulloso de aquel soldado de tan obstinado valor, el capitán le da el mando de 12 hombres y lo destina al esquite de la galera, en puesto de vanguardia, para el chocar del abordaje. Se destacó Cervantes en la lucha peleando bravamente. Tres heridas recibió en el combate, una de ellas en la mano izquierda que le quedó para siempre inutilizada. El guardó de aquella batalla orgulloso recuerdo y cuando muchos años después la publicación del falso Quijote, le mueva a publicar la segunda parte de su Ingenioso Hidalgo, dirá en el prólogo, contestando a quien se burlaba de su gloriosa manquera, que "Las heridas del soldado estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra".

De retorno de aquella cruzada contra el hereje, bajo el pabellón de la Liga Cristiana, estuvo un tiempo restableciéndose de sus heridas en las guarniciones italianas. Peleó varias veces y siempre bravamente en otras ocasiones como Túnez y la Galeta, en lances de tierra y batallas por mar hasta que en 1575 solicitó permiso para viajar a España.

El 20 de setiembre de 1575, salió de Nápoles la fragata "Sol". La vela se hincha en demanda de distancia. Pensativo está en la proa un soldado musculoso y cenceño, de rostro atezado por soles y por vientos. Descansa el brazo inválido en el tahalí que le sirve a guisa de guerrero cabestrillo y mira con honda fijeza la espuma que se deshace retorcida, nudosa, huidiza como una flor de cristal vivo constantemente deshojada. Sueña gratos sueños D. Miguel de Cervantes: se ve capitán de los tercios de España cargando a impulsos de valor contra los rebeldes bajo el plomizo cielo flamenco... con cada campaña va escalando en la jerarquía militar; informes llegan al rey de su fiel y valerosa conducta y, luego, cuando el otoño arremolina en la última ventisca las hojas doradas, se ve espigado y tieso dentro de la capa que le florece sobre el pecho una Cruz de Santiago, amasada en color de claveles. Va en la proa soñando gratos sueños y tiene en verdad en qué cimentarlos: ¿no le están hinchando las sedas del jubón las cartas elogiosas del general más glorioso y del gobernante más diestro que tiene D. Felipe II para servicio de sus reinos? Y el manco aguerrido entrevé logrado y seguro lo porvenir: se ve paladín de la portentosa gesta en que vive su España, y pregusta entre el descanso de soñadas batallas y el ocio feliz empleado en cantar en endecasílabos de limpia factura, las glorias de la guerra y las dulzuras del amor: que, ávido y sediento de amor y de gloria está el corazón desbordado del manco glorioso.

Como si la nave tuviera igual urgencia que el pasajero en llegar a destino, se adelanta peligrosamente del resto de la flota y el 26 de setiembre frente a las costas de Marsella es apresada, luego de brava resistencia, por tres galeras argelinas. Quebradas están las esperanzas del soldado poeta, rotos aquellos sueños que



eran sustancia quijotesca y fragmentados en punzantes aristas como en el derrumbe de un fino sueño de cristal. . . Encadenado en la sentina, su brazo inútil le salva del duro esfuerzo del galeote, pero al llegar ante el rey de Argel, las cartas elogiosas que lleva Cervantes, hacen que aquél suponga que es don Miguel personaje de alta jerarquía y calcule por ésta el precio del rescate. Cinco años pasa el soldado de Lepanto entre los cautivos del berberisco, más cautivo él que otro ninguno, porque ha sido caudillo de fugas infructuosas. Las informaciones testimoniales, sobre todo las del famoso Expediente de Sevilla y el libro de Redenciones argelinas, le destacan como el verdadero jefe de aquellos millares de cristianos que gimen sometidos a rudo cautiverio; como orientador en la dificultad, él que más que ninguno la sentía; como alentador de la esperanza, él que acaso como nadie desesperaba.

Muchos de los que cayeron con él apresados en la captura de la "Sol" han sido rescatados: entre ellos su hermano D. Rodrigo que también ha conseguido el precio de su libertad. Sólo es ésta difícil para Cervantes, por cuyo rescate pide el Rey mil escudos de oro. Por fin disminuidas las pretensiones del dueño argelino, pudo Cervantes ser rescatado a precio de soldado de oficio y regresar a su añorada España cuando finalizaba el año del Señor de 1580.

1580 es una fecha cardinal en la historia española. El logro del largo afán de aquellos reyes guerreros que forjaron la raíz pujante de la hispanidad. El acaecer del propósito anhelado: la anexión del reino de Portugal y con ella la integridad política de la península, bajo cetro español. Y entre el lucido cortejo de veteranos hazañosos que acompañan a Felipe II a certificar la posesión de Portugal, va don Miguel de Cervantes. Algarabía de pífanos, redoblar de tambores y un desplegado cielo de sedas de estandartes, reviven en su alma altos sueños de gloria belicosa; aquellos mismos sueños que más tarde, vencido por la vida, traspasó en el alma del Caballero de la Mancha para hacer la sustancia inmortal de don Quijote.

A su regreso a Madrid encuentra don Miguel el amor es-

perado. Tan poco se sabe de aquella mujer que brevemente compartió su vida que, tanto como humano personaje de la historia, parece maravillosa novia de leyenda. Ana Franca se llamaba, o Ana de Rojas como la nombró la hija en el testamento. Tanto la amó Cervantes que se convirtió por magia de amor en el Elicio de la Galatea, como Ana Franca se transforma en la pastora de su novela. No se sabe, ni se sabrá acaso, como fué en la vida la amada por Cervantes; si fué morena su belleza como el de las hermosas mujeres que vió en las tierras levantinas transitadas por moras y gitanas, o tallada en blancura y en sol como un lirio rubio abierto al mediodía. Ella se esconde en brumoso dudar de conjuntura, pero quedó el fruto de aquel amor: la hija, que se llamaría Isabel como la reina hermosa de la primavera de versos de Cervantes, la hija que le cerrará los ojos vidriados de muerte en la noche postrera de Madrid.

Y además de este amor romántico, casi inasible para la posteridad curiosa, además de esta Ana de Rojas que se esfuma sin huella que ayude a la tarea del reencuentro, otra mujer se ahinca en la vida de Cervantes, sólo que ésta deja testimonio de su ser en severos papeles notariales.

Por ellos sabemos que el 12 de diciembre de 1584, se casó Cervantes con Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, en la provincia de Toledo, y con tierras de sembradura en este pueblo. 19 años tenía la novia y 33 el galán. La oposición por parte de ambas familias no logró impedir la boda. Y hubo un corto engaño de dicha, bajo la luna redonda del invierno y un repetir de palabras eternas en aquellos días del año que son tiempo del milagro porque por los caminos del villancico van las voces del pueblo en busca de la Navidad...

Poco duró la dicha engañosa y Cervantes se aleja del hogar de Esquivias y anda, más solo que nunca, los caminos de España. Pero si los esposos no se amaron, es evidente que hubo entre ellos mutuo respeto y amistad y evidente también que no movió a Cervantes ningún interés material, ya que nunca negó a la esposa la necesaria venia marital para que hiciera transferencia de caudales en beneficio de su hermano, el cura de Esquivias,

aunque era el marido el único perjudicado. Muchos años después se volvieron a unir los esposos. Quedaba atrás y lejana la bullente primavera. Ya era Don Miguel el del retrato de Jauregui: un hondo retorno pensativo, y doña Catalina, con un resto de belleza en sus años, algo así como la dueña clásica de los viejos romances anteriores...

Al alejarse de su hogar de Esquivias, fué a Madrid, donde antes había trabado relación con gente de tablas, de prensas y de letras: y donde había hecho representar con fortuna los Tratos de Argel y la Numancia. Era sobre todo amigo del librero de venta Blas Robles, con quien había firmado en 1584, poco antes de la boda, contrato de venta por la Galatea cobrando por la obra 1336 reales.

El teatro de Cervantes tiene las huellas de su genio literario, Menéndez y Pelayo refiriéndose a los entremeses, género en que nadie le ha superado, afirma que "son cada uno, sobre todo los escritos en prosa, un tesoro de la lengua y un fiel y acabado reflejo de las costumbres españolas".

Tan intenso debió ser el color local logrado en aquellas comedias que pasados más de dos siglos el romanticismo, que haría de la particularidad nacional bandera estética, proclamó la excelencia del teatro cervantino destacándose entre el coro laudatorio las altas voces de Goethe y de Byron. Y tan fielmente debe reflejar el teatro de Cervantes el alma heroica y hazañosa de España, que en 1808 cuando estaba Zaragoza sitiada por el francés se representó "La destrucción de Numancia" para retemplar aún más el espíritu de la ciudad inmortal que tiene en Agustina de Aragón el logrado símbolo del coraje y la rebeldía de España.

Pero el teatro no le daba para vivir, como fué su propósito, por eso cuando Felipe II preparaba su Armada Invencible para combatir a la Inglaterra Isabelina, Cervantes solicita y consigue un empleo de proveedor de víveres para la flota. Oficio duro porque a menudo era menester emplear la fuerza para requisar el aceite y el trigo que los labriegos no querían vender al menguado precio que pagaba el Tesoro. Y, así con su alma heroica y soñadora acorazada en duro oficio de requisitor, recorrió Cer-

vantes los pueblos de Andalucía y de la Mancha y vió los tipos y las cosas y aquel ancho paisaje de la parda Castilla que más tarde medirá con su trote un flaco rocín llamado Rocinante.

Para colmo de males aquel oficio tan poco a su gusto no ha de darle sino sinsabores: encuentra el revisor un déficit en las cuentas de Cervantes y va éste a parar a la cárcel.

Por fortuna pudo demostrar su falta de culpa el encausado proveedor y entonces envía al Rey una larga exposición solicitándole un empleo en las Indias y aun le indica las cuatro vacantes americanas que satisfacerían sus pretensiones. Aduce en apoyo de su petitorio los veintidós años de fieles servicios que lleva cumplidos por tierra y por mar, en guerrero oficio y en menester de paz. Dícese por ahí —¿quién podría sostenerlo?— que el rey papelero escribió debajo con su letra menuda y clara: “Busque por acá en que se le haga merced”... y rubricó, tanto con el sesgo de su pluma como con aquella sonrisa suya enigmática e indescifrable, la más fecunda de las negativas reales. La negativa más fecunda porque en lugar del funcionario que acumularía ahorros en Indias y jugaría largas partidas de tresillo con los viejos oidores y los obesos alcaldes, quedó solo otra vez frente a su azaroso destino don Miguel de Cervantes que, con injusticias como aquella, amasaría la figura excelsa del Caballero de los Caballeros, del desfacedor de entuertos y vengador de agravios, del sin par Don Quijote modelo y prez de la andante caballería.

“Busque por acá en que se le haga merced” había resuelto el real D. Felipe y la merced prometida llegó con el cargo de alcabalero función importante que daba derecho a usar vara alta de justicia. Y el poeta se encargó de cobrar alcabalas, atrasos, tercios y rentas en Granada. Importante y bien remunerado es el cargo, pero poco ha de durarle el tranquilo vivir, porque Cervantes como el héroe de un mito griego está emplazado por la fatalidad. Así nuevamente las horribas prisiones conocen su largo cavilar y su injusta presencia.

Pronto se ve en soltura, pero ha quedado deudor del Real Tesoro y se afana en saldar aquel débito de menos de 800 reales. Para ello firma contrato con el actor Pedro de Osorio el 5 de se-

tiembre de 1592. En las cláusulas del contrato se estipula que Cervantes escribiría seis comedias y si resultasen de las mejores que se han hecho en España, Osorio deberá representarlas dentro de los 20 días de entregadas las copias por el autor y pagar al mismo 50 ducados por cada una de ellas a los 8 días de puestas en escena. Dispónese también que si no fueren las comedias de la calidad convenida nada cobrará por ellas el autor. Nada se sabe concretamente del resultado del negocio; posiblemente no parecieron las obras a Osorio de la calidad por él requerida; y posiblemente también algunas de ellas sean aquellas comedias “antes impresas que representadas”, como las llama Cervantes, y que publicó poco antes que la segunda parte de su Ingenioso Hidalgo, cuando Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a saludar al duque de Lemos...

Nunca pudo pagar la vieja cuenta y en aquellos ásperos tiempos de la prisión por deudas, va de nuevo Cervantes a la cárcel y en la de Sevilla en 1602, según opinión de doctos cervantistas, planea las andanzas desventuradas del Caballero de la Mancha. Como lo dicen, desde Pellicer en adelante, los biógrafos cervantinos, debió ser notoria la inocencia de Cervantes tanto en ésta como en sus anteriores prisiones, ya que el rey luego de ellas le designa para encargos semejantes: de recaudador y alcahalero; y por ser evidente que Cervantes habla de sus cárceles sin sonrojo, como seguro de que no le denigraban y, sí solamente, como trance de injusticia y amargura.

Su obra magistral “El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha” habría nacido en ese trance de dolor, que era entonces la vida de Cervantes. Por eso vació en el alma del caballero sin par, mucho de su desengaño y de su fracaso; pero también la ansiedad impenitente de ideal que no se curaba con la cotidiana desventura de su vida. Antes de obtener privilegio para imprimir ya la obra era conocida, pues Lope de Vega se refiere a ella y no por cierto con elogio y también Pérez de Ubeda la menciona en la “Pícara Justina”.

El 26 de setiembre —mes reiterado para lo bueno y para lo malo en el destino de Cervantes— el rey Felipe II concede el

permiso de publicación y en 1605 estaba a la venta la obra más grande de las letras de España. Juan de la Cuesta lo imprimió y seis ediciones realizadas en un año: dos matritenses, dos valencianas y dos portuguesas, prueban mejor que el más argumentado discurso el gran éxito de venta del libro.

Sin embargo no le dió al autor para vivir con el decoro y hasta la holgura a que estaba acostumbrado; porque es menester aclarar que hay mucho de exageración en la legendaria miseria de Cervantes. Icaza, en sus "Supercherías y errores cervantinos", abre la ruta de la verdad sobre tal punto, confirmada luego por estudios posteriores.

En Valladolid, donde el rey D. Felipe III ha trasladado la corte, encontramos a Cervantes, casi con seguridad, por causa de negocios: posiblemente tramitó contratos oficiales, que nada se sabe con certeza, o acaso, insistió en pedir un cargo bien rentado y tranquilo para la paz de su vejez.

Pero nuevamente es víctima de su zarandeado destino. Una noche de la primavera de 1605, Gaspar de Ezpeleta, galán enamorado de ajena mujer, cae agonizante atravesado por marital espada vengadora, en la puerta de la casa de Cervantes. La justicia tuerce, y por desgracia intencionadamente, el hilo de la pesquisa. Quiere salvar al importante personaje del rencoroso acero y otra vez Cervantes y las mujeres que viven en su casa: sus hermanas, su hija Isabel, Constanza su sobrina, se ven envueltas en injusta acusación. Claro es que al final triunfará su inocencia pero solo a costa de nuevos dolores para el ya tan maltratado caballero.

Ahito de injusticias y de dolores se refugia en sus libros y no da reposo a su pluma. Así escribe las "Novelas Ejemplares", prez y cima de este género en las letras castellanas y al poco tiempo insistiendo en su tenaz vocación publica el "Viaje del Parnaso". En él los malos poetas pretenden, como los titanes del mito griego, asaltar el Olimpo apolonida y el Dios lirado convoca a los buenos poetas que defienden la roca sagrada y arrojan a

los asaltantes del Parnaso. El libro tiene mucho de autobiográfico, como cuando confiesa con resignado dolor:

“Yo que siempre trabajo y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso darme el cielo...”

O aquel otro pasaje donde pone de manifiesto su precoz vocación poética:

“Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía”...

Vocación a la que consagró tesoneramente su larga milicia del verso, no siempre genial como en las imperecederas creaciones de su prosa, pero siempre alta y señera.

Mas, no sólo los tantos sinsabores que ya conocemos hieren a Cervantes, a ellos se agrega la aparición en 1614 de un falso “Quijote”, cuyo desconocido autor se ocultó bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda.

No solamente hizo la obra caricatura y burla del verdadero Don Quijote, sino que innoblemente se ensañó con el brazo manco y con las canas de Cervantes. Este sufre con más intensidad que cualquier otra mala jugada de su suerte, y aunque está ciertamente viejo y molido de achaques y fatigoso de vida, ahora le verán como a su hidalgo, los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro, poniendo fin a la segunda parte de su obra inmortal.

En 1615 se publica esta segunda parte y en su dedicatoria al Conde Lemos dice Cervantes: “Es mucha la prisa que de infinitas partes me dan a que envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro D. Quijote que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe”. Se refería a aquella falsificación de autor todavía no bien identificado y que tanto daño había dejado en su alma. Además estaba viejo, enfermo y pobre: “Yo no estoy con salud —continúa diciendo

al Conde de Lemos, su protector— y sobre estar enfermo estoy sin dineros...”. Era el ocaso frío y macilento: ya desagrandan en luces, la tarde que llegaba, le envolvía en denso ámbito de sombras y de tristeza...

Pero su vejez fué tesonera y fructuosa, erguido en voluntad trabaja de firme en poner fin a los “Trabajos de Persiles y Segismunda”, libro al que considera “o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto”. Poco antes había hecho imprimir “Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados”. Siempre luchando con su enfermedad dió término a la obra que más confiaba: “Los Trabajos de Persiles”. Los médicos le habían recomendado reposo y allá a Esquivias fué Cervantes a buscarlo. Viejo, maltratado por la vida, está hundido en hondos recuerdos mientras cae, en inversa voluta, la hoja dorada por el rigor de octubre. Y piensa el cansado caballero que en ese pueblecito toledano, muchos años atrás había vivido un corto sueño de azahares, también marchito. Nostalgia por todo, y en toda andanza le seguía; y a solas con su alma y sus recuerdos, sentía llenarse la alta tarde muriente con los graves rumores del Eclesiastés.

Hacia algún tiempo que doña Catalina, la esposa, estaba nuevamente a su lado. Ciertamente que ya no había ni rastros de la pasión fugaz y lejana, pero sí una tranquila y recíproca confianza que pudo dar en tallos, que no eran de amor, su flor de ternura. No le reportó ninguna mejoría en su salud aquel descanso en Esquivias y resolvió por eso regresar a Madrid, lo que hizo en los primeros días de 1616. Había dado fin a los “Trabajos de Persiles y Segismunda”, la obra en que tanta esperanza depositaba que, dijo en sus versos:

“Yo estoy cual decir suelen puesto a pique  
para dar a la estampa el gran Persiles  
con que mi nombre y obras multiplique...”

El 19 de abril de 1616 lo envió con melancólicas palabras al Conde de Lemos. En esa dedicatoria le decía:



“Puesto ya el pie en el estribo  
con las ansias de la muerte,  
Gran señor esta te escribo...”

Y de inmediato en prosa de corto período no común en su estilo, en párrafos apurados como el ritmo de una respiración agonizante, Cervantes continúa: “Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve. Las ansias crecen, las esperanzas, menguan”.

El sábado 23 de abril murió Cervantes en la casi lujosa casa de vecindad de la calle del León. Le sacramentó Francisco López. Y, apenas enterado del triste acaecer, Lope de Vega acudió a la casa mortuoria y rezó el responso, acongojado ante el cadáver de aquel genio de quien acremente se burlara en vida.

Cervantes estaba amortajado con el hábito de San Francisco a cuya tercera orden pertenecía; y así, acostado en el féretro humilde, el flaco cuerpo extendido de muerte; desencajado aquel rostro enjuto y largo como el de un caballero del Greco, se dijera que era Don Alfonso Quijano el Bueno quien descansaba para siempre de su ideal andanza sobre la tierra.

Quizá para la crítica erudita haya en la obra de Cervantes prosa mejor que la de su Quijote, pero para el corazón del pueblo ésta es su obra por excelencia, su obra señera e inmortal. Es que Don Quijote y Cervantes se identifican en la obra y hay mucho del alma cervantina en aquel Caballero alucinado que va quebrando sus altos sueños de belleza en cada choque con la ruda realidad.

¿Qué simboliza el andante caballero de la Mancha en contraste con Sancho el escudero socarrón y rústico? ¿Qué sentido universal y humano tiene la creación imperecedera? Muchas y hasta opuestas interpretaciones se han dado al libro inmortal. En su tiempo y hasta más de corrido un siglo, fué para las gentes lo que Cervantes había querido que fuese: invención de amabilidad enderezada contra los malos libros de Caballería, aunque por intuición se adivinaba que el propósito estaba trascendido y que había nacido un símbolo eterno y magnífico con aquel

desmesurado Caballero cuya armadura sabía reflejar el brillo de las altas estrellas y en cuyo corazón hidalgo la España madre de pueblos, agrandadora del mundo, señora de la fe y de la aventura, la del Santiago nimbado de Cielo y la del Cid vestido de hierro, se sentía latir con pulso acelerado de gloria.

Pero en aquel escrutador sigloXIX pedantescamente llamado "de las luces"; siglo racionalista y frío, enfatuado del poder y alcance de la razón, se buscó interpretar la simbología cervantina. Y así, para Clemencin, Don Quijote representa lo ridículo de los caballeros andantes y el Sancho escuderil lo ridículo de quienes los apreciaban.

Otros verán en la obra una sátira cruel contra las porfiadas empresas de Felipe II y la mengua de realidad que ellas lograron. No faltará quien halle en el Quijote la caricatura del duque de Lerma, favorito de Felipe III, bajo cuyo gobierno entra en pendiente la decadencia de la España de los últimos Austrias.

Ramiro de Maeztu, en magistral estudio, lo cree obra de desengaño; pintura del cansancio de España después de larga e inútil heroicidad. O para decirlo con sus propias palabras: "El final de la epopeya peninsular es lo que de un modo simbólico nos describe Cervantes por medio de dos fantasmas en los que late el corazón desalentado de aquel tiempo". Sin embargo habría sido para este autor, libro de reflexión y de salud, pues sirvió para advertir a España la necesidad de hacer un alto, de reposar de su larga fatiga gloriosa, de sentarse a la vera de la aventura para restañar la sangre de sus muchas heridas. Interpretación que, aunque basada en opuestos conceptos, se identifica con aquella consigna a lo Sancho que dió un día don Joaquín Costa para su desgarrada España de 1898: "Hay que poner doble llave al sepulcro del Cid para que éste no vuelva a cabalgar". Pero estaban igualmente equivocados Maeztu y Costa. El primero, porque el Quijote no es libro de desencanto, ni espejo de la española decadencia, ni contraste doloroso entre los sueños de la juventud y el derrumbe de la senilidad. El segundo, porque será inútil tapiar con cal y canto el sepulcro del Campeador, aquel que no en vano ganó batallas hasta después de muerto.

Como será inútil pretender, con frío silogismo, explicar a Don Quijote, porque Don Quijote y el Cid trascienden explicaciones y violentan consignas y llevan bajo sus petos de hierro su mejor verdad y su mayor grandeza: el ser símbolos magníficos y eternos de aquella España que combatió hacia las cuatro puntas de la rosa de los vientos en larga batalla por su ideal y su fe... y que trasvásó su pujanza creadora a este mundo nuevo que descubriera aquel navegante alucinado de ensueños al que se llamó con acierto "El Quijote del Océano".

Por eso, acaso quien mejor comprendiera al Caballero de la Mancha fué el más grande de los poetas de esta América surgida a la historia por una enorme quijotada de España. Fué Rubén Darío que en versos insuperados dijo:

"Rey de los hidalgos, señor de los tristes.  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía  
con la adarga al brazo, toda fantasía  
y la lanza en ristre, toda corazón!

Ruega por nosotros hambrientos de vida,  
con el alma a tientas, con la fe perdida,  
llenos de congojas y faltos de sol  
por advenedizas almas de manga ancha  
que ridiculizan el ser de la Mancha  
el ser generoso y el ser español.

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;  
ruega casto, puro, celeste, animoso,  
por nos intercede, suplica por nos,  
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios."

Pero no faltó por cierto la interpretación acertada, así Ramón León Mainez opina que Cervantes lejos de ridiculizar a la

caballería, a la que tanto amaba, quiso depurarla y enaltecerla. Miguel Oliver afirmará que el libro inmortal es la emocionada elegía de la caballería medioeval muerta a manos del Renacimiento paganizante y sensual. Gil y Zárate dice que fué finalidad de Cervantes vindicar a la caballería, purificándola de las manchas con que multitudes delirantes la habían maculado; y Don Marcelino Menéndez y Pelayo afirma que Don Quijote no mató el ideal caballeresco, sino que lo magnificó y lo enalteció y de ese modo cuanto había de poético, de noble, de universal y de humano en la Caballería se incorporó a las páginas de su libro, para hacerlo el definitivo y único y darnos en él el retrato del último y perfecto de los caballeros.

Es posible que cuando Cervantes engendró a su Quijote “en una cárcel dond<sup>e</sup> toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación” quiso con él zaherir el espíritu de la ilusa aventura. El mismo autor se miraría hacia adentro en doloroso e injusto inventario: sus altos sueños de gloria guerrera habían dado en la meta cruel de esa hórrida cárcel sevillana; sus esperanzas de llegar a famoso poeta —la vocación más tesonera del alcaíno genial— no cuajaban por cierto en lograda realidad; todo cuanto de grande y noble había soñado, y aún realizado, tenía por premio fracaso y desengaño. Y así fué naciendo de su pluma el señor de la Mancha, soñador como él y como él fracasado. Aquel que astillaría su lanza contra molinos de realidad, y acuchillaría carneros en vez de ejércitos de aguerridos paladines; aquel que en su ansiedad de amor pondría su corazón en la rústica moza del Toboso que la ilusión embellecía aquel que anduvo largos caminos con su adarga sedienta de justicia, entre el coro de las risas de venteros y yangüeses, duquesas y arrieros que se burlaron de su fe alucinada.

Por eso, a medida que Don Quijote va midiendo en andanza de fantasía la llanura manchega, el mismo Cervantes está viviendo los sueños del caballero y, por eso, en la segunda parte del Ingenioso Hidalgo mueve a admiración quien con sus lances primeros movió a risa, y duele ya como propio cada fracaso suyo, y como derrota nuestra cada una de sus vencidas ilusio-

nes. Y así Don Quijote, trascendiendo el intento, se trueca en paladín del ideal —posible o imposible— pero siempre alto y lleno de poesía. Ideal contagioso y aleccionador, arraigado en el ensueño pero enaltecedor de la vida. Y cuando el desengaño total llegue a su mente, y en los nidos de antaño no haya pájaros hogaño y esté verdaderamente cuerdo D. Alonso Quijano el Bueno; Sancho, el rústico, y el Bachiller y el cura y el barbero, y todos los que antes hicieron burla de su locura están tocados del mal sublime que decretó la andanza del Caballero de la Mancha. Como si fuera destino de los caudillos del ideal hacer comprender su verdad que pareció locura cuando ya no pueden copiar sus pupilas los colores del mundo; como si fuera menester que Don Quijote esté en trance de muerte para que Sancho y todos los sanchos quieran alentarle a nuevas empresas, porque ya está desencantada nuestra señora Dulcinea; para que Sancho y todos los sanchos se lamenten de haber causado la caída del Caballero, por haber mal ajustado la cincha a Rocinante... símbolo enorme que aún no ha querido verse en el alto mensaje del libro inmortal.

Por eso Don Quijote, amasado con sueño y con dolor, quedará siempre con su lanza imantada hacia la estrella. Porque Don Quijote es el triunfo del ideal en la hora del tránsito definitivo. Dura ley de la vida que aquellos que levantaron la antorcha de los sueños caigan cuando la luz que pregonaban se reparte fragmentada y victoriosa en la multitud de las manos y, al chocar con el cuerpo del paladín caído, proyecta hacia adelante la sombra enorme del Caballero muerto, del eterno Quijote cuyo corazón es brújula del mundo.

LEONCIO GIANELLO

